



Su día



que ella gustaba recordar así: mi día.

Aunque todo el mundo estaba al cabo de la calle del hecho – puntual, como puede comprenderse, puesto que no era un gesto cotidiano el ir regalando por ahí días, y ni aun minutos, a nadie porque, en primer lugar, siendo tantos difícilmente podíamos tocar a más de uno y, en segundo, porque se veía con muy malos ojos eso de adelantarse a los acontecimientos desprendiéndose por propia voluntad de algo que, al fin y al cabo y sin esfuerzo alguno, se terminaría de todos modos perdiendo – de que había sido doña Magdalena quién, cierta noche, requerida lejos con urgencia por al parecer enfermedad repentina de una señora que tenía que expirar al amanecer sin falta, se lo había entregado antes de partir, a escondidas y envuelto en su pañuelo de batista bordado, junto con sus pendientes y la explicación, que ésta vez sí que dio, de que allá donde voy, hija, tienen de todo y nuevo de manera que “ellos” la aprovisionarían de cuanto hubiese menester sin tener ella que ocuparse de nada.

Bernardina entonces había querido llorar, enternecida porque, sí, se murmuraban muchas cosas de ella y algunas poco decían en favor de lo que Basilia en término no poco anticuado denominaba “su honra”, pero, a la hora de la verdad, Bernardina era tan exigente para consigo misma que llegaba a imponerse metas tan ambiciosas a alcanzar tan a tan corto plazo que “no tan aprisa”, la frenaban porque las lágrimas, lo mismo que las carcajadas, resultan ridículas si no se tiene un perfecto dominio sobre la técnica; y, eso, llevaba su tiempo...

(de una anotación de Rosarito)